



**Josep M. Lozano**

**LA PLENITUD DEL TIEMPO**



# LA PLENITUD DEL TIEMPO

Josep M. Lozano

INTRODUCCIÓN .....	3
1. UN POCO DE SOCIOLOGÍA RECREATIVA .....	6
2. VIVIR EL PRESENTE. ¿Y EN QUÉ OTRO LUGAR DEBERÍAMOS VIVIR? .....	14
3. EL PRESENTE QUE (NO) SE VIVE: LAS REDES SOCIALES .....	18
4. ¿Y LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA? .....	22
A MODO DE CONCLUSIÓN .....	31

*En memoria de Josep M. Rovira Bellosó,  
que al verme siempre me preguntaba cuándo  
volvería a la teología.*

**Josep M. Lozano.** Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación y licenciado en teología, profesor de ESADE. Ha publicado más de treinta libros y diversos artículos de su especialidad académica. Años atrás publicó los libros *Cercar Déu enmig de la ciutat* (1990) y *La discreció de l'amor* (1992). Ha publicado con Cristianisme i Justícia *¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes?* (1991, Cuadernos 41) y *Discernimiento comunitario apostólico. Textos fundamentales de la Compañía de Jesús* (2019, EIDES 89-90).

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)  
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 4771-2020  
ISBN: 978-84-9730-458-0 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres Rocaginé - Traducción: Anna Pérez Mir  
Corrección: Cristina Illamola - Maquetación: Pilar Rubio Tugas  
Febrero 2020

**Protección de datos:** Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com), o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

# INTRODUCCIÓN

---

El título no es mío –como tampoco alguna que otra cosa de estas páginas, y esto ya lo iremos viendo–. Pero me interesa empezar por aquí, por esta expresión inicial. La encontramos en san Pablo cuando dijo: «Pero al llegar la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Gl 4,4); o «dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos» (Ef 1,9-10). Por ir directamente la cuestión que nos ocupa: ¿podría Pablo expresarse hoy en estos términos? O, por si este planteamiento resulta demasiado ucrónico, ¿podemos entenderlo, nosotros? Desde mi punto de vista, la respuesta –con alguna matización que expondremos más adelante– es que no.

Lo planteo de este modo porque considero que los cambios sociales, culturales y tecnológicos que nos han llevado hasta la situación que vivimos hoy impiden que podamos hablar y utilizar un discurso que presuponga una vivencia compartida del tiempo. En otras palabras: ya no vivimos la totalidad de la vida personal ni la de la vida colectiva unificadas sobre el mismo marco de referencia temporal, ni lineal, ni circular. Ni que decir tiene que en determinados fragmentos de la vida continúa siendo así (estaciones, escolarización...), pero no en la totali-

dad del tiempo: ni lo narramos igual, ni lo percibimos igual, ni hablamos de lo mismo cuando hablamos del paso del tiempo. El tiempo vivido ya no es una totalidad que avanza homogéneamente o que se repite cíclicamente, sino que, como un queso emmental, está lleno de agujeros y, según cómo vayamos a parar a ellos, podemos encontrarnos formando parte de *La persistencia de la memoria* (el cuadro de Dalí de los relojes blandos) o caer en manos de la Reina Roja (aquella que dijo a Alicia que si solo corría al máximo de su capacidad no se movería de lugar, y que

si quería avanzar necesitaba correr el doble de rápido). Podemos encontrar estas discontinuidades en la progresiva desaparición de muchos patrones de conducta que configuraban hasta hace poco las formas del tiempo compartido: promesa, compromiso, lealtad... Y pese a que no han desaparecido totalmente del lenguaje valorativo y práctico cotidiano, han perdido vigencia y significado compartido, y no son moneda de uso corriente para entablar una conversación. Hoy, palabras como las mencionadas parecen, literalmente, de otro tiempo.

Esto no es casual ni es, necesariamente, el resultado de la voluntad o de la intención de la gente. En muy poco tiempo, se han producido cambios en casi todos los marcos institucionales del tiempo, en instituciones básicas que eran la estructura común donde cada cual encontraba su espacio y su tiempo. Desde hace aproximadamente un siglo y medio hasta hace muy poco, el trabajo estaba organizado sobre la base del reloj: lo importante era fichar y cumplir con un horario regular (a diferencia, por ejemplo, de cuando se trabajaba de sol a sol, lo que comportaba trabajar muchas más horas en verano que en invierno, a pesar de que, aparentemente, la vara de medir era la misma). Progresivamente, el trabajo va perdiendo las regulaciones basadas en el espacio y el tiempo, en especial en determinados entornos. Hablamos de jornada flexible, teletrabajo, contratos temporales, trabajos por proyectos..., además de la flexibilidad horaria que permiten las tecnologías que utilizamos en la actualidad. Lo mismo ocurre en la escuela, donde todas las múltiples y diversas innovaciones edu-

cativas que últimamente se están introduciendo tienden a ir en la misma dirección: se está acabando una manera de entender la educación que consiste en reunir a gente de la misma edad en un mismo espacio y a la misma hora, para hacer lo mismo. La educación avanza hacia una flexibilización de los modelos de aprendizaje que si algo tienen en común es que cada vez están menos encorsetados por una única manera de entender el orden del tiempo (y también del espacio, por cierto). Y, si miramos los Ejercicios ignacianos —en los que desembocaremos al final de estas reflexiones—, veremos que a la “elección”, ese dinamismo que vertebra todo el proceso, Ignacio le añade el calificativo de *inmutable* (diferenciándolo de quien busca la reforma de vida). Pues bien, lo mínimo que podemos decir es que todo el mundo sabe que, de hecho, hoy no hay elecciones inmutables en sí mismas y que este calificativo cada vez brilla más por su ausencia... especialmente cuando se habla de la importancia de la elección.

Pero ¡cuidado! No estoy diciendo que las muy diversas formas de tiempo que he mencionado hayan desaparecido o estén condenadas a hacerlo. Estoy diciendo que ya no configuran un marco de referencia común o compartido, y que estamos viviendo una transición hacia un lugar desconocido, en el que ya no se asume que la comprensión y la ordenación del tiempo constituyan una especie de contenedor común para la diversidad de las acciones humanas. Estamos en una transición que parte de una notable incapacidad para pensar y organizar el tiempo, personal y colectivamente, en función del futuro (sea cual sea el nombre que cada cual dé al

futuro), o en función de alguna repetición cíclica plausible. Por tanto, no es de extrañar que la plenitud del tiempo haya mutado en mil y una formas de hablar de “vivir el presente”, como si el tiempo y su posible plenitud quedasen suspendidos en alguna variante del célebre “aquí y ahora”. Esta afirmación del presente puede ir desde la apología retórica de la “experiencia” (hoy nos

dicen que todo lo que hacemos debe convertirse en experiencias, sean viajes, clases o ir de compras) hasta una recepción más o menos afinada o banal de algunas tradiciones orientales, a veces diluidas a gusto del consumidor; pasando por la confusión del presente con la actualidad, o por la generación y venta de volcanes emocionales para el tiempo libre. Y esto no acaba aquí...

# 1. UN POCO DE SOCIOLOGÍA RECREATIVA

---

Alasdair MacIntyre nos ha mostrado que cada cultura consagra como referentes unos personajes que identifican y visualizan lo que se valora en dicha cultura. Son figuras arquetípicas, y no personas concretas ni ideas personificadas. No hace falta siquiera estar de acuerdo con ellos; de hecho, se puede estar en desacuerdo, cuestionarlos o lamentar que sean referentes. Pero, incluso en ese caso, lo siguen siendo, pues son referentes también en los desacuerdos.

Dichos personajes ofrecen pautas de cómo vivir o de cómo se debería vivir idealmente, y sobre lo que se valora o no. Y, por identificación o por contraste, ayudan a construir la propia identidad. Posteriormente, cada cual personaliza biográficamente esta referencia. Pero lo que hay que tener claro es que los personajes no agotan la diversidad de funciones sociales, sino que convierten a algunos en referencias normativas sobre lo que hay que ser, sobre cómo vivir o sobre a quién hay que tener en cuenta en una época determinada.

En el caso de Ignacio (no a título personal, sino en su época) había,

cuando menos, tres personajes de referencia: el caballero (noble), el santo y el peregrino. Constituían patrones de lo que se podía ser que, procesados personalmente, acababan convirtiéndose en patrones de lo que se quería ser o llegar a ser. El hecho de que sean *personajes* significa que todo el mundo, sin necesidad de más explicaciones, sabe de qué se está hablando y a qué ideal se aspira cuando se utilizan como referencia. Además, pueden aparecer tanto en las conversaciones cotidianas como en las solemnes y trascendentales, como una moneda semántica de curso legal, claramente valorada.



## 1.1. Algunos personajes del pasado

Cuando yo era pequeño (en la década de los años sesenta, hasta antes del 68, y de todo ello hace ya muchos años), los personajes de los que me hablaban eran el cura, el maestro y el médico. El valor superior de estos personajes se fundamentaba en el hecho de que respondían a una vocación que se concretaba en una profesión, y viceversa. Esta fusión era decisiva para lo que estamos planteando: cuando alguien responde a una vocación, la plenitud del tiempo se da en el trabajo. Entre otras cosas porque la vocación aparece cuando hay una intersección entre mis capacidades y mi formación, por una parte, y una necesidad en el mundo que se corresponde con una mejora de la calidad de la vida humana, por la otra. La vocación es la intersección entre lo que sabes hacer y te gusta, por un lado, y lo que el mundo necesita y espera, por el otro. Por ello, en la vocación confluyen la llamada y el servicio. Hoy ya nadie habla de vocación. Al fin y al cabo, insistimos tanto a los jóvenes –y a los no tan jóvenes– en la necesidad de preguntarse sobre cuál es *mi* motivación, *mi* misión, *mi* ilusión, *mi* proyecto, *mis* competencias, *mi* pasión, *mi* talento, *mi* capacidad..., que, al final, la única palabra que a todo el mundo le queda clara es *mío/mía*.

En consecuencia, la realidad social ya no es una interpelación personal, sino que se reduce a ser el escenario donde se materializa lo *mío*. Además, ¿qué sentido tiene hablar de vocación si no paramos de repetir que ya no habrá trabajo para toda la vida ni tan siquiera una profesión para toda la vida?

Hoy no hay que tener una vocación, sino adquirir competencias (más fáciles de definir que de saber cómo se interiorizan), y tienes que aprender a manejar una ansiedad culpable: la necesidad de acertar en la toma de decisiones personales y la (auto)exigencia de hacer diana en las decisiones que determinarán tu vida, sin tener delante ninguna diana donde apuntar. En consecuencia, la vocación se evapora en el disolvente de la incertidumbre. Basta con prestar atención a las expresiones coloquiales que emplean los padres en las conversaciones sobre sus hijos. Cuando, en el fondo (o en la forma), ya se ve que no están muy convencidos de la opción que han tomado, entonces surge el comodín: «Que hagan lo que quieran mientras sean felices...». (Una frase que suelen decir mucho menos los que sí están convencidos).

Y, avanzando en el tiempo, durante la Transición española había al menos tres personajes: el político (ya fuera el representativo, con un cargo público u orgánico, o el militante), el periodista y el intelectual. Hoy el término *militante* designa una especie extinguida. En cualquier caso, para los tres, la referencia común era la política y su valor moral y épico superior: o la hacías, o la explicabas, o la pensabas (recordemos que el intelectual solo era aceptable si llevaba adosado el adjetivo *comprometido*). Estos personajes lo eran porque de lo que se trataba era del cambio colectivo, compartido y vivido personalmente. «Por el cambio» era el lema de la plenitud del tiempo y todo lo demás se le subordinaba. Se trataba de protagonizar, explicar y entender el cambio (social). Nada que ver con cómo se habla hoy del cambio, cuando vemos que

los principales verbos que se utilizan para caracterizarlo son *impulsar*, *provocar*, *gestionar* o *resistirse* (y nunca se hace referencia a la realidad social, sino a la organizativa). Y cuando emergió el 15M, si hubiésemos prestado atención a los personajes, desde el primer momento deberíamos haber visto que la pulsión de fondo era una impugnación de la Transición, sin tener que esperar a tertulianos supuestamente sabelotodo para descubrirlo. Porque, ¿cuál era uno de los lemas de referencia del 15M?: «No nos representan; no nos dicen la verdad». Justamente el descrédito y el rechazo radicales –la impugnación– de los personajes de la Transición... Por eso, no debe sorprendernos que los que hacen aspavientos y jeremiadas en defensa de la Transición sean, literalmente, personajes de otra época. (Esto no significa que unos y otros tengan razón o buenas razones, o no: estamos hablando de los patrones previos a las razones, que las modelan).

## 1.2. Algunos personajes de hoy

Si seguimos con este ejercicio de sociología recreativa, podríamos preguntarnos cuáles son los personajes de nuestro tiempo y como se sitúan ante la cuestión de la plenitud del tiempo. Aventuro una respuesta con cuatro nombres (uno de los cuales es una pareja): el turista, el emprendedor, la pareja deportista-*coach* y el voluntario. ¿Qué tienen en común respecto al tema que nos ocupa? Pues que cada uno de ellos es el origen y la causa principal de la plenitud del tiempo (es decir, de su tiempo), con el corolario de que es culpa suya sino la consiguen. Entre

otras cosas porque no existe ninguna consciencia de un presente compartido, sino la interconexión constante de muchos presentes simultáneos. Repitémoslo: todos buscan la plenitud del tiempo; es decir, todos quieren crear su propia plenitud del tiempo. Y ninguno de ellos entendería a Pablo al decir que alguien hará llegar esta plenitud a todo el mundo.

### a) *El turista*

Solo hay que escuchar algunas conversaciones o ver los informativos para llegar a la conclusión de que lo peor que podemos decir de una persona o de una empresa es que nos ha estropeado las vacaciones. Las vacaciones se proponen como la experiencia de plenitud posible a nuestro alcance. No uso la palabra *experiencia* sin ton ni son: la mayoría de las propuestas publicitarias de vacaciones se presentan como una oferta de experiencias. Unas experiencias, sin embargo, que a menudo no son más que una acumulación bulímica, no de lugares para visitar o conocer, sino de lugares sobre los que poder decir que se ha estado allí. No existe espectáculo más sorprendente que sentarse en la sala de cualquier museo y ver la cantidad de personas que están más rato fotografiando los cuadros que mirándolos, supongo que para poder ver en casa lo que deberían haber visto presencialmente.

El paradigma de todo ello es una de las prácticas que considero el verdadero icono de nuestro tiempo: el *selfie*. Una práctica que, como sabemos, consiste en ocupar el primer plano con la propia cara, mientras que en el fondo

se insinúa aquello que supuestamente se ha ido a visitar (digo “supuestamente” porque justamente el *selfie* consiste en ponerse de espaldas a aquello que se ha ido a contemplar: no ver, sino que te vean allí). Si a alguien se le ocurre una mejor metáfora social y política de nuestra época, que me lo diga. El turista es la personificación de la cultura del “me gusta” como único criterio valorativo. A veces he pensado que si un Hegel quisiera escribir la fenomenología del espíritu de nuestro tiempo, la debería titular *Fenomenología del “me gusta”*.

El turista es un consumidor de la plenitud posible en nuestro tiempo y quizás esto explica el énfasis creciente en el turismo de bienestar, un bienestar que no se presenta como el resultado de un proceso personal, sino como la recepción de un servicio, en el que el silencio y la calma se venden ya como un lujo solo al alcance de unos privilegiados. Por supuesto, Navidad y Semana Santa ya no existen como tales, sino como “vacaciones de” y si a alguien le preguntan a dónde ha ido por Navidad o por Semana Santa ya se entiende que no le preguntan por donde ha participado en las celebraciones litúrgicas. El turista vive en un tránsito sin memoria y por ello —a diferencia del viajero, el explorador o el peregrino— tiene más fotografías que recuerdos. Pero, no nos engañemos, su mayor frustración es cuando las cosas no van como le habían prometido, porque aspiraba a una plenitud imaginaria que no ha recibido (quizás esto tendría que incorporarse a las explicaciones de porqué, según dicen, septiembre es uno de los meses con más divorcios). En definitiva, una de las maneras que tenemos para defi-

nir al turista sería que es un personaje que espera o exige la (mejor dicho, su) plenitud del tiempo acotada, por la que ha pagado.

### b) *El emprendedor*

Si existe una palabra que en los últimos años ha adquirido una connotación enfáticamente positiva, esta es *emprendedor*. Un emprendedor que en múltiples ocasiones, como se suele decir, lo es porque ha sido capaz de reinventarse. El reinventarse y la emprenduría son, entre nosotros, el nuevo rostro de la ejemplaridad. Ahora bien, vale la pena preguntarse si determinadas apologías beatíficas del emprendedor no pretenden sino convertir un problema social en un problema personal, en un déficit de capacidades. Con un brillante juego de manos sociológico, hemos dejado de tener parados y hemos pasado a tener gente sin espíritu emprendedor, que no se esfuerza en reinventarse. Por tanto, si la vida me va mal, debe de ser porque no tengo ni la actitud ni las competencias necesarias. En resumidas cuentas, el mito del emprendedor que se reinventa continuamente a menudo no es más que el último avatar del mito romántico del genio, pasado por el tamiz de la tecnología y de las escuelas de negocios. ¡Romántico! Y más atrás: una de las caracterizaciones más pintorescas que he leído sobre san Ignacio ha sido aquella que lo presentaba como un hombre... que se reinventó (!!?) diversas veces a lo largo de su vida.

Con tanta efervescencia hacia los emprendedores, a veces parece que alguien sueña con sustituir una sociedad de clases por una sociedad de autóno-

mos. Porque el mito del emprendedor transforma el lado oscuro de la sociedad: ya no es la explotación, sino el fracaso. Y, en contraposición, el éxito es el nombre que recibe la plenitud del tiempo. Es una mirada sobre el mundo en la que uno solo se pregunta qué amenazas y oportunidades percibe y, claro está, eso es lo único que encuentra. Con una mirada sobre el mundo reducida a preguntarse por las amenazas y por las oportunidades que nos rodean, el sentido de la obligación ya no viene de la autoridad, del deber o de la comunidad, sino de uno mismo como causante del propio éxito, porque tanto los éxitos como los fracasos se ven como un asunto estrictamente personal. Es un mundo en que las relaciones que se establecen solo lo son en función de si han sido catalogadas como una amenaza o una oportunidad. Es obvio que los emprendedores concretos en muchos casos hacen contribuciones decisivas para transformar y mejorar la vida social, pero el emprendedor, como personaje, lo es en la medida que encubre un implícito: se habla siempre de un emprendedor de éxito, de un emprendedor que es la causa principal de su propio éxito, en un mundo en el que el éxito es la máxima expresión de la plenitud del tiempo vivido.

*c) Una pareja de hecho: el deportista y el coach*

A veces, ni el éxito está a nuestro alcance. Y, entonces, únicamente quedamos nosotros solos. De aquí nace el triunfo referencial de estos dos personajes que funcionan como una pareja de hecho. (La verdad es que, como

explicaré, he tenido muchas dudas sobre si reducir simplemente los dos a la figura del *coach*).

Nietzsche ya nos avisó de que la salud sustituiría a la religión. Y hay que decir que el bienestar ha sustituido a la salud, especialmente si tomamos como referencia la definición que hace un cierto tiempo se propuso en el XI Congreso de Médicos y Biólogos de Lengua Catalana: una manera de vivir que es autónoma, solidaria y gozosa. Evidentemente, en esta deriva hacia el bienestar hay dimensiones muy positivas, como la recuperación de la corporalidad y el cuidado de sí mismo. Por ello, conviene insistir de nuevo en que la identificación de personajes en sociología (recreativa o no) no busca criticar o alabar, sino poner de manifiesto aquellas figuras que nos ayudan a entendernos y en base a las cuales construimos nuestras valoraciones y nuestras identidades. Y, así, la salud es también el último reducto de la fragmentación y la atomización contemporáneas: ante la incomprensible complejidad del mundo, solo el cuidado obsesivo por la salud está propiamente a nuestro alcance, porque del resto ya no queda nada que lo esté. El éxito con nuestro propio cuerpo es ya la última frontera del éxito, porque hemos llegado a creer que alcanzarlo solo depende de nosotros mismos: es el único espacio que me queda en el que puedo reconciliarme conmigo mismo.

En este sentido, recientemente un servicio de tatuajes se publicitaba con una frase que parece un chiste pero que es uno de los ejemplos más paradigmáticos de lo que estamos exponiendo: «Personaliza tu cuerpo». Yo he de modelarme según mi voluntad en el

último espacio que me queda en el que me es posible ejercerla. No tan solo he de disciplinar el cuerpo, sino que esta disciplina autoimpuesta es la única disciplina que acepto. Es una disciplina curiosa porque depende de mí y, a su vez, es la única que me genera culpabilidad. Los sacrificios solo se justifican si uno se los aplica a sí mismo, puesto que ni se aceptan los que los demás generan ni se está dispuesto a sacrificarse por ellos. La autodisciplina del cuerpo, en forma de deporte y dieta es, paradójicamente, el único sacrificio que genera culpabilidad porque alcanzar el éxito aquí es lo único que depende de nosotros, ya que competimos contra nosotros mismos. Concretamente, la dieta es la experiencia sísfica de nuestro tiempo, con la única diferencia de que estos nuevos Sísifos se sienten culpables de que la piedra caiga rodando porque son ellos mismos los que se han impuesto el castigo: si algo garantiza cualquier dieta es la culpabilidad de incumplirla. En la promesa de la salud entendida como apología del bienestar, yo mismo me prometo y me causo la plenitud del tiempo que llega a su culminación no solo si la alcanzo, sino también cuando es reconocida por la mirada de los demás.

Si la salud bienestarista llega a su apoteosis en el entrenador personal del gimnasio, su complemento emocional es el *coach*. El esquema de fondo se repite en este personaje: se trata de optimizar los recursos emocionales y las competencias personales para, así, ir desvelando un proceso hacia una especie de *yo* supuestamente más auténtico, que se despliega en el desarrollo de unas capacidades que le permiten alcanzar sus objetivos. Y como cada

personaje necesita su propio vocabulario distintivo, en poco tiempo nos hemos acostumbrado a palabras como *resiliencia*, *empoderamiento*, *inteligencias múltiples* o *emocionales* o de cualquier clase, *eneagramas*, *mindfulness*, *competencias*, etc. Es verdad que es un proceso que también implica una cierta aceptación de la propia realidad, porque no hay que descartar que, cuando se busca la verdad de uno mismo, al final —a veces, lamentablemente— uno la acabe encontrando. Pero, incluso en este caso, apunta al objetivo de sacar el máximo provecho de uno mismo y de los objetivos que se propone, haciendo limpieza de los ideales proyectados y de las frustraciones interiorizadas. Aquí la plenitud del tiempo se fundamenta en una visión optimista del ser humano y de su potencial, en la que experiencias como la frustración y la tristeza, por ejemplo, están mal vistas, aunque no sean clínicamente patológicas, y hay que aprender a resolverlas por uno mismo (sintomáticamente, por ejemplo, la gente hoy ya no está triste: está “depre”). Y es que, además, existe una culpabilidad complementaria del incumplimiento de la disciplina bienestarista del cuerpo: las enfermedades orgánicas se consideran el resultado de conflictos emocionales que no hemos sabido resolver bien y, por consiguiente, también somos culpables en un grado u otro de padecerlas. Es cierto, por descontado, que también hay que desarrollar la capacidad de pedir ayuda, pero curiosamente se habla más de pedirla que de darla. No es de extrañar, pues, que asistamos a una profusión de libros de autoayuda —que con este nombre ya establecen una categoría mental: si necesitamos ayuda, mejor

que nos espabilemos nosotros solos, porque, si nos la tienen que proporcionar los demás, estamos arreglados. Es hacer negocio con la conciencia, sin tener conciencia del negocio que se hace con ella. Y así, en la práctica, hemos pasado de los famosos versos que proclaman que todo está por hacer y todo es posible al todo depende de ti y ya te apañarás. En consecuencia, gracias a estos dos personajes, la plenitud del tiempo ha mutado en la plenitud del yo.

En definitiva: los tres personajes mencionados hasta ahora se caracterizan por que cada uno de ellos postula que es el máximo y el último responsable y causante de la plenitud del tiempo (es decir, de su tiempo). Y por lo mismo es el principal culpable de su fracaso: laboral, dietético, emocional, de las experiencias del tiempo libre...

#### *d) El voluntario*

Quienes piensen que las descripciones anteriores quieren ser descalificadoras o peyorativas quizás se extrañarán al ver que, en esta lista, hemos añadido al voluntario, un personaje que solemos ver en clave positiva, con una mezcla de alabanza y admiración. Y más si tenemos en cuenta que, así como la mayoría de los anteriores tienen el componente de autodisciplinarse y encontrar sentido a una especie de ascetismo, sacrificio y sufrimiento autoinflingidos, el voluntario pone el foco en el sufrimiento de los demás, a partir del cual supuestamente justifica sus propios sacrificios. El voluntario responde a una causa social, no necesariamente a un proyecto social. Como máximo tiene un deseo de cambio social, que

canaliza centrándose en la causa que ha escogido. Es cierto que cree que otro mundo es posible, pero en general más vale no preguntarle qué mundo es ni cómo es posible, más allá de una declaración generalista de valores con los cuales es imposible no estar de acuerdo. Pero, en cambio, está convencido de que este otro mundo posible lo será en la medida que la causa con la que se identifica haya alcanzado plenamente lo que se proponía. La causa tiene un sentido, unos objetivos y unos resultados; el resto, por muy importante que sea, es demasiado complejo y difícil de entender, y está fuera de nuestro alcance.

Mirémoslo desde otra óptica: ¿qué le decimos hoy a un joven que tiene el deseo de contribuir a un cambio transformador? No le decimos nada sobre el trabajo, o bien porque ya no tenemos vocaciones, sino más bien profesiones (entendidas como poner las propias competencias al servicio de unas finalidades ajenas a la propia voluntad); o bien porque la experiencia laboral de la mayoría de los jóvenes no es la transformación, sino la sumisión desde la precariedad. Y aún es más improbable que a un joven que tiene ganas de cambiar el mundo le digamos que se afilie a un partido político; seguramente incluso intentaremos disuadirlo, por el riesgo que le puede comportar de adulterar el ideal y perder las ganas de luchar por él (algo, por cierto, que confirma la pervivencia cultural del franquismo: la política como algo sucio y sospechoso). Por tanto, ¿qué le decimos? Que se apunte a un voluntariado. Porque el voluntariado se presenta como el idealismo tangible, la plenitud de la causa..., y del tiempo dedicado a

la causa. ¿Qué dice de manera espontánea mucha gente que hace voluntariado? Pues que le llena mucho, claro. Si quieres vivir la plenitud del tiempo (y de tu tiempo), implicate en una causa. Al fin y al cabo, en la misma palabra se esconde el mensaje: *voluntariado*,

el centro es mi voluntad, lo que yo quiero, pero mientras yo lo quiera. Un día deberíamos explorar qué itinerario social, político y educativo ha propiciado que la palabra *compromiso* se haya sustituido por la palabra *voluntariado*...

## 2. VIVIR EL PRESENTE. ¿Y EN QUÉ OTRO LUGAR DEBERÍAMOS VIVIR?

---

He revisado estos personajes de referencia en nuestra época no para juzgarlos, aplaudirlos o condenarlos, sino para resaltar que hay una corriente de fondo según la cual la plenitud del tiempo no es objeto de esperanza, sino de esfuerzo y de decisiones humanas, personales e intransferibles. La plenitud del tiempo no llega, sino que depende de ti y la fraguas tú. Y no es de todos, sino que es tuya. Volvamos al principio: si san Pablo nos escribiera a nosotros lo que les escribió a los gálatas y a los efesios, ¿le entenderíamos? ¿Sabríamos de qué habla?

Fijémonos ahora en una expresión que, desde hace unos cuantos años, sintomáticamente, aparece cada vez más en muchos consejos para afrontar la vida cotidiana: «Vivir el presente». A veces, se propone como un hallazgo, digno sucesor de la poción mágica de Panoramix, que atraviesa desde la educación hasta la espiritualidad, pasando por el trabajo y el tiempo libre: vivir el presente, momento a momento. En ocasiones, esta expresión se propone aliñada con un punto de novedad y de descubrimiento: nuestra mente siempre está perdida en el pasado (recuerdos, nostalgias, heridas, alegrías, in-

quietudes, relaciones...) y en el futuro (anhelos, deseos, esperanzas, miedos, preocupaciones, ilusiones, planificaciones...). Vivir (en) el presente es el gran consejo-propuesta de todas las introducciones a la meditación coetáneas, tanto si venden calidad como si venden humo. La pregunta que hay que formularse es por qué razón “vivir el presente” es una moneda que cotiza en el mercado del lenguaje y con la que se compran y venden consejos, cursos, retiros, seminarios y similares. Todos hemos tenido que hacer un curso acelerado de terminología y, en poco tiempo, hemos tenido que aprender a decir



palabrotas como *aquí-y-ahora*, *resiliencia* o *procrastinar*. Pero el podio lo ocupa *mindfulness*, que se ha traducido como ‘atención plena, momento a momento’. Al fin y al cabo, la tesis y el mensaje es que, si hay plenitud del tiempo, solo acontece en el momento presente, entendido como aquello que cada uno está viviendo.

Entre las muchas recomendaciones posibles, mencionemos dos que van en esta dirección:

«Que cada uno examine sus pensamientos y los encontrará completamente ocupados en el pasado o en el futuro. Casi no pensamos en el presente y, si pensamos en él, no es sino para pedir luz para disponer del futuro. [...] Así, nunca viviremos, ya que esperamos vivir y, disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable que nunca lo seamos».

Y la otra:

«Nos preocupamos más de vivir mucho que de vivir bien, aunque cada cual tiene en sus manos la posibilidad de vivir bien, pero nadie es amo de vivir mucho. Consumimos la vida buscando los medios para vivir. Observad a los individuos, observad la especie: todos tienen la mirada puesta en el mañana. ¿Qué mal hay en ello?, me diréis. Un mal inmenso. Uno no vive, se propone vivir; y vivir se deja para más tarde».

Quizás hoy diríamos que son la típica cita de un *coach* superventas, pero la primera es de Pascal y la segunda es de Séneca. Por no mencionar a san Agustín, quien en sus *Confesio-*

*nes* constataba que solo vivimos y estamos en el presente del pasado, en el presente del presente o en el presente del futuro. Pero vale más no seguir por estos vericuetos porque la cuestión no es si determinadas propuestas son más o menos propias y están arraigadas en una determinada tradición cultural. Lo que hace falta es identificar quién conecta con el espíritu del tiempo y cómo lo hace y las convierte en novedad, y habla de ellas como si lo fueran. O se aprovecha de ellas y las modela.

## 2.1. Una mirada a los museos

Continuemos haciendo un poco de sociología recreativa. Y vayamos ahora a los museos. No deja de sorprender el éxito monumental que tienen las exposiciones de Vermeer o de pintura flamenca. Más allá de las modas, es el triunfo de una pintura que solo quiere captar o aprehender momentos concretos, escogidos o contruidos sin ninguna grandiosidad, igual que podrían haberlo sido los inmediatamente anteriores o posteriores. O la constatación sorprendente –por reiterada– de que, siempre que un museo tiene una buena sección dedicada al impresionismo y al momento artístico que lo rodeaba, esta sección es, con diferencia, la que acumula una asistencia más numerosa de visitantes. Por ello, más allá de las modas, hay que preguntarse qué busca la gente en ellas o con qué sintoniza. Entre las diversas respuestas posibles, podemos aventurar una que tiene que ver con el hecho de que el impresionismo no pinta el poder (político o religioso), ni pretende reproducir la realidad en ninguno de sus aspectos; ni quiere

ser la expresión de la genialidad o de la grandeza interior o emocional de la sublimidad, en cualquiera de sus vertientes. El impresionismo levanta acta de lo que sucede, de la experiencia presente como resultado de la relación entre el receptor y lo percibido: la experiencia presente en el presente. Podríamos decir que, cultural y personalmente, antes que el discurso va la sensibilidad: previo a la retórica sobre vivir el presente, emerge el pintar el presente. Esto también explica por qué los impresionistas pintaban obsesivamente sus motivos (Monet, los pajares, el Parlamento británico o la catedral de Rouen; Cézanne, la montaña Sainte-Victoire): porque todo momento es susceptible de la plenitud del tiempo y, por tanto, de la plenitud del arte. El tiempo es siempre tiempo vivido aquí y ahora. Por ello, lo que importa ya no es tanto el objeto como la luz y la mirada. Se ha definido la pintura de Monet como la percepción siempre cambiante de la realidad. Y, en este sentido, su pintura expresa perfectamente la paradoja de querer retener y fijar aquello que es, en esencia, fugaz. Ya nos avisó de que «el tema tiene, para mí, una importancia secundaria; quiero representar lo que vive entre el objeto y yo». Este «entre» no es sino el fluir del tiempo en el instante presente, donde se produce toda plenitud (artística) posible.

Pero, por lo mismo, vale la pena preguntarse qué relación hay entre este “descubrimiento” de vivir el presente y el espíritu de nuestro tiempo. Un tiempo en el que ya se ha convertido en tópico referirse a la situación del mundo con el acrónimo VUCA (volátil, incierto, complejo y ambiguo, por sus siglas en inglés). Un mundo

aparentemente ingobernable e incomprensible en su complejidad, que es, por cierto, donde los personajes que hemos mencionado encuentran su ecosistema. Porque vivir el presente no significa que haya “un” presente que los contenga a todos, sino que hay una multitud de presentes que interaccionan sin nada que los religue. No debe extrañarnos que, sintomáticamente, se hable tanto de estrategias, objetivos y planificaciones (y de deseos, ilusiones y proyectos), y tan poco de esperanza porque la esperanza deja de ser plausible en un mundo VUCA. Esto no significa que no existan situaciones que la harían necesaria y deseable; lo que ocurre es que su expresión adquiere una apariencia fantasmagórica en medio de la niebla VUCA.

En este contexto, la proclamación de vivir el presente –sobre todo, cuando es pura retórica que no se sostiene por ninguna experiencia interior sustantiva– es también un mecanismo de defensa y una vía de escape del anhelo de la plenitud del tiempo, adaptada a la altura de la época en que vivimos. Esto resultaría incomprensible para san Pablo porque difícilmente podría entender que pudiera hablarse de plenitud del tiempo sin esperanza. Ya dijo que se podía esperar contra toda esperanza, pero dudo que encontrara algún sentido a esperar sin esperanza. El complemento necesario de todo ello –repetámoslo– es el éxito coloquial y editorial de una expresión como “autoayuda”, que hemos dado paradójicamente por buena y adecuada, y que, en cualquier caso, si algo transmite es la creencia desesperanzada de que no se puede esperarse ninguna otra ayuda, en los trances de la vida, más que la que pue-

da proporcionarse uno a sí mismo..., mientras vive el presente, faltaría más.

Volvamos a los impresionistas. En 1874, Monet hizo su primera exposición, al margen de la propuesta oficial. Claude Monet nació en 1840, en una década convulsa, llena de revoluciones, en la que se publicó el *Manifiesto comunista...* y en la que empezaron a comercializarse los envases de tubo con rosca para la pintura, que permitirían pintar

al aire libre con libertad y sin trasiegos. Es decir, el hecho de pintar el presente y toda una corriente artística están vinculados a la tecnología que lo hace posible (aunque sea tan humilde como disponer de los colores para pintar en envases de tubo con rosca). No hay ningún discurso valorativo vinculado a las experiencias de vida que no tenga una correspondencia con las condiciones tecnológicas que lo hacen posible.

### 3. EL PRESENTE QUE (NO) SE VIVE: LAS REDES SOCIALES

---

Puesto que hablamos de tecnología, hagamos un salto en el tiempo al estilo de aquella película que llevaba por título *2001: una odisea del espacio* y pasemos a preguntarnos cómo afecta la tecnología, ya no a pintar el presente, sino a vivirlo. Y lo haremos aprovechando el título de un libro (un tanto apocalíptico, por cierto): *¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* Pongamos, pues, el foco en un componente concreto y, a su vez, suficientemente simbólico: las llamadas *redes sociales*.

Hay que decir que, estrictamente hablando, no son sociales; son empresas privadas dedicadas a determinadas prácticas relacionales que han conseguido que les demos una entidad casi autónoma, olvidándonos de que son, antes que nada, productos empresariales. Decimos que “las redes” hacen, dicen, reaccionan, hierven..., como si fueran entes que tienen vida propia. Pero lo más importante es que son redes en un sentido muy distinto a lo habitual. Son redes, efectivamente, pero porque sirven para pescar. ¿Y qué pescan? Nuestros datos y nuestra atención. La primera pesca es el gran problema político de nuestro tiempo, que

aún no ha sido suficientemente abordado como tal. La segunda es uno de los retos más relevantes de la vertebración personal, porque tiene un impacto determinante en cómo nos estamos (des)entrenando a vivir la plenitud del tiempo, y en el modo de vivir el presente y situarnos en él.

#### **3.1. Qué pescan las redes sociales**

Analizar la primera pesca nos apartaría de nuestro foco, pues ahora solo nos interesa resaltar un hecho: a cambio de un uso “gratuito” nos espían, y

encima estamos contentos y agradecidos de que lo hagan. Continuamente, transferimos nuestros datos gratis para que los procesen y nos los devuelvan en forma de estímulos y propuestas que nosotros mismos asumimos y que, a menudo, operan por debajo de nuestro nivel de consciencia. Deciden entre qué decimos y, a veces, directamente qué decidimos. Cuando Ignacio, en los Ejercicios, para situar la elección dice «Presupongo que hay en mí tres pensamientos, es a saber: uno propio mío, el cual sale de mi propia libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, uno que viene del buen espíritu y otro del malo» [EE 32], no conocía los algoritmos ni su potencia a la hora de influir en la «propia libertad y querer», e incluso configurarla. Hoy, los algoritmos son un ingrediente esencial del buen y mal espíritu ignaciano. Al final todo puede personalizarse selectivamente, desde las ofertas y las informaciones a las que accedemos, hasta las discriminaciones que padecemos. Nuestra huella digital construye nuestra identidad, pero no aquella con la que nosotros nos identificamos, sino aquella con la que se nos identifica y desde la cual modelan, refuerzan y encapsulan nuestra supuesta identidad.

En el mundo que estamos configurando, la tecnología permite que la inteligencia se separe paulatinamente de la conciencia, al menos tal como las hemos conocido hasta ahora. Los sujetos o portadores de las dos eran los humanos, pero ahora estamos transfiriendo cada vez más la inteligencia y tenemos un debate abierto sobre si con la conciencia puede pasar lo mismo. La política y la ética llegan tarde y a remolque, y, sobre todo, no saben cómo

empezar, entre otras razones porque ya no tenemos una visión integrada ni del proceso, ni del mundo posible, ni del mundo probable, ni del mundo que queremos. Incluso ponerse apocalíptico y decir que el mundo cada vez va peor o se dirige hacia alguna especie de desastre es pretencioso porque comporta la suposición de saber algo sobre a dónde vamos a parar.

La mejor visualización la tenemos en los nombres de los partidos de creación reciente: hemos pasado de partidos cuya denominación contenía ya alguna propuesta y afirmaba un proyecto y un modelo de sociedad (socialistas, conservadores, liberales, republicanos, socialdemócratas, democristianos...) a partidos cuya denominación pretende interpelarnos pero no (nos) dice nada de lo que quieren ni proponen (Podemos, Ciudadanos, Unidos para Avanzar, Más Madrid, *En Marche!*, *Cinque Stelle*...). La irrelevancia insignificante de este tipo de denominaciones se corresponde con la irrelevancia creciente de nuestro voto. Este se legitimaba en la creencia de que era una manera de incidir en las decisiones que nos afectaban globalmente, como país y/o como personas. Hoy los que toman las grandes decisiones que nos afectarán y que definirán nuestro futuro no han sido votados por nadie: las líneas de investigación en inteligencia artificial y en biotecnología dependen –para bien y para mal– de corporaciones y núcleos de poder ajenos a cualquier transparencia y rendición de cuentas públicas. Y son los que inciden e incidirán en nuestros comportamientos y en nosotros mismos como seres vivos, incluidas las consecuencias no previstas o no queridas de las decisiones que

hayan tomado. Por ello, las denominaciones políticas sin contenido identificable son idóneas para la tendencia actual hacia democracias autoritarias, en las que se produce, democráticamente, un eclipse progresivo del liberalismo político.

### 3.2. La pesca de la atención

Las “redes” no solo pescan nuestros datos, también pescan nuestra atención, la orientan y la configuran, en un contexto en el que el mundo nos desborda de complejidad. Por tanto, “vivir el presente” puede ser muy ambiguo y puede amparar, bajo una misma expresión, muchas cosas a la vez: una huida del mundo VUCA, un *carpe diem* actualizado, una protección ante lo desconocido, una sustitución de la comunidad por los contactos (cuando, estrictamente, solo se está en contacto con el teclado), un vivir inducido... Recordemos nuevamente a Nietzsche: nuestros utensilios de escritura participan en la formación de nuestros pensamientos. Pues esto es exactamente lo que ocurre, en un grado que Nietzsche no podía ni tan solo imaginar.

Para entender lo que hay en juego en este nuevo ecosistema, es imprescindible recordar que lo que se opone a la vida contemplativa no es la vida activa, sino la vida dispersa. Las redes son el símbolo y la apoteosis de una época en la que la verdadera lucha hobbesiana de todos contra todos es la lucha por conquistar nuestra atención, aunque sea episódica y fragmentariamente. En consecuencia, en nuestra época, apelar a la plenitud del tiempo se convierte cada vez más en algo in-

comprensible, a causa del déficit creciente de una infraestructura antropológica que le resulta imprescindible: la calidad de la atención. Porque esta es otra posible definición de los ordenadores, las tabletas y los móviles: son tecnologías de la interrupción y trabajan a su servicio, porque no solo provocan interrupciones constantes, sino que su verdadero triunfo es el lograr que una de nuestras actividades más habituales sean las autointerrupciones, lo que se manifiesta, entre otros despropósitos, en esta ficción autoengañosa que denominamos *multitarea*. La multitarea no existe. Lo que existe es el salto continuo de microtarea en microtarea, a menudo tan aceleradas y sucesivas en el tiempo que confundimos esta sucesión con la simultaneidad, donde la única constante es la dispersión de la atención.

No somos lo suficientemente conscientes de cómo esto modela los patrones desde los cuales nos situamos en el tiempo: desde la lógica de los enlaces (que propicia una atención saltarina, incapaz de sostener un proceso lineal y sucesivo hasta el final); pasando por la dificultad de vivir la espera –de lo que sea– como espera (sin caer en el recurso compulsivo a la conexión); y acabando por la sumisión a la inmediatez, que con frecuencia se confunde con la actualidad (al fin y al cabo, no nos hacía falta la neurociencia para concluir que el uso compulsivo de las redes activa los mecanismos propios de las adicciones...). Quizás la necesidad más propia de nuestros tiempos no sea una dieta baja en calorías, sino baja en estímulos. Si no fuera por nuestros prejuicios triviales y anacrónicos, sería bueno reconstruir a la altura de nues-

tro tiempo la recomendación de tantas tradiciones de sabiduría según la cual hacer ayuno y abstinencia es indispensable para la salud personal, del cuerpo y del espíritu.

### **3.3. Reconstruir el camino hacia una mirada atenta**

Todo ello no es una impugnación de las redes ni una exquisitez antitecnológica. Es simplemente tomar nota de que hacer inteligible cualquier consideración sobre la plenitud del tiempo remite a una cuestión previa: la calidad del tiempo vivido y la atención en el tiempo. Porque no solo la reflexión y la conciencia requieren una mente y un corazón atentos, también lo requieren la compasión y la empatía. Por ello, me parece muy necesario entender la conexión íntima que existe entre dos expresiones que circulan en paralelo, una del papa Francisco y otra del P. Adolfo Nicolás. El primero ha hablado –y ha alertado– de la globalización de la indiferencia; el segundo, de la globalización de la superficialidad. Lo que hay que añadir es que se necesitan y se refuerzan mutuamente. Como es patente que, por las razones que sean, estos papeles me encuentran sintonizando a Nietzsche, digamos que lo que estoy haciendo no es denigrar las tecnologías, sino recordar lo que él dijo: «Hay cuatro tareas para las cuales se requieren educadores: mirar, hablar, escribir y pensar» (y yo añadiría escuchar, pero ahora no le vamos a enmendar la página). La cuestión es –más allá de los debates sobre reformas educativas de base tecnológica– dónde se aprende a conjugar vitalmente estos cinco ver-

bos, porque el problema no son las tecnologías; el problema es crecer como persona a través de estos cinco verbos y, a partir de esta perspectiva, plantearnos las preguntas sobre el impacto de las condiciones de vida actuales. Amparémonos en Nietzsche por última vez: aprender a mirar es la enseñanza preliminar para la espiritualidad. Activar y desarrollar la capacidad de una mirada atenta es una condición de posibilidad previa a toda apertura a la plenitud del tiempo (como lenguaje y como experiencia, si es que hay alguna diferencia entre uno y otra). La mirada atenta es lo que permite ir transformado, a lo largo del tiempo, una manera de proceder que vaya más allá de una vida autocentrada (indiferencia) y una vida dispersa (superficialidad).

Pero, para llevar a cabo esta transformación, tenemos que deshacer el camino de los versos que nos legó T. S. Eliot:

¿Dónde está la Vida que hemos  
perdido viviendo?  
¿Dónde está la sabiduría que  
hemos perdido en conocimiento?  
¿Dónde está el conocimiento que  
hemos perdido en información?

Este recorrido no consiste en hacer jeremiadas sobre las tecnologías y las redes sociales. El tema es cómo restablecemos personal y colectivamente el recorrido inverso: información-conocimiento-sabiduría-viviendo-Vida, hasta el final, sin detenernos en ninguno de ellos. Y esto únicamente podremos hacerlo respondiendo con lucidez a las condiciones de nuestro tiempo, no vituperándolas desde la nostalgia de no-se-sabe-muy-bien-qué.

## 4. ¿Y LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA?

---

Espero no haber resultado apocalíptico. Lo que he pretendido es subrayar determinados aspectos que nos permitan tomar conciencia de que hoy no podemos hablar de la plenitud del tiempo ignorando el hecho de que vivimos en una atmósfera cultural en la que predominan el sentimiento y la creencia de que cada cual se forja la plenitud del tiempo en su propio presente (que no se enmarca en ningún presente-contenedor compartido) y que lo hace, paradójicamente, desde una presión atmosférica que nos convierte a todos en fumadores (activos y pasivos) de dispersión y distracción.

Los organizadores del ciclo que ha dado lugar a este cuaderno me pidieron que explorase la vinculación de lo que plantease con la espiritualidad ignaciana. Dejemos a un lado el hecho de que, probablemente, Ignacio sería el primer sorprendido al escuchar hablar de espiritualidad ignaciana, porque me interesa cuestionar que todos –y yo el primero– solemos hablar más del sustantivo (espiritualidad) que del adjetivo (espiritual). Y creo que tiene más sentido hablar de X (lectura, vida, acción, conversación, etc.) “espiritual” que no de “espiritualidad”, como si ésta fuera una especie de realidad con

entidad en sí misma. Convertirla en un sustantivo es útil para clases, seminarios y congresos (a menudo digo que cuando la vida plantea retos, la universidad responde con departamentos), y propicia que se entienda la espiritualidad como la aplicación –siempre imperfecta y limitada– de lo que se cree que ya se sabe de entrada que es de manera clara y distinta. Personalmente, me gusta mucho más la formulación que se encuentra en el subtítulo de un cuaderno anterior de esta colección (EIDES, número 54) donde se habla de *Vivir a la ignaciana*, porque de lo que se trata es de explorar propuestas de



vivir el camino hacia Dios. Así pues, sería necesario aproximarse a la tradición ignaciana para ver cómo, a través de ella, puede construirse un itinerario hacia el reconocimiento y el acogimiento de la plenitud del tiempo. Creo que este itinerario tiene, al menos, tres componentes que se retroalimentan continuamente: a) ordenar el tiempo desde una mirada atenta; b) orientarse (con propósito) en el tiempo; c) vivir contemplativamente (en) el tiempo.

#### 4.1. Ordenar el tiempo desde una mirada atenta

Si se lee de un tirón el texto de los *Ejercicios espirituales* (algo que siempre se recomienda que no hay que hacer), se puede llegar a la conclusión de que hay una preocupación casi obsesiva por la ordenación del tiempo. Y esta ordenación está casi siempre al servicio de la atención a aquello que sucede en cada uno de los fragmentos de tiempo que se establecen, con su peculiaridad y su propósito; como si todos los ejercicios fueran una interpretación anticipada de la divisa nietzscheana según la cual aprender a mirar es la enseñanza preliminar para la espiritualidad. No en balde, un estudio que compara los Ejercicios con la meditación budista y el psicoanálisis se titula, justamente, *Disciplinas de atención*. La paradoja radica en que esta obsesión por ordenar la sucesión cronométrica del tiempo da lugar a la fundación de una orden religiosa que libera a sus miembros de cualquier pauta organizadora de la distribución del tiempo; como si todas estas pautas de los Ejercicios no fueran más que una estrategia para desarrollar

una mirada atenta y para crecer en libertad a partir de ella. De manera que, como resultado de los diversos ejercicios, la calidad del tiempo ya no se define por el cronómetro, sino por la mirada.

Porque de lo que se trata no es de la espiritualidad, sino de la vida verdadera. Recordemos lo que se dice en uno de los momentos clave del proceso de los *Ejercicios*: «[...] pedir lo que quiero, y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo verdadero capitán, y gracia para le imitar» [EE 139]. Dejo a un lado la insistencia a lo largo de todo el texto de pedir gracia o ayuda, lo que presupone que cambiar los patrones que hemos interiorizado y que estructuran nuestra manera de estar en el mundo no puede ser simplemente el resultado de nuestra voluntad. Lo que me interesa es que, en este aprender a mirar (“darse cuenta”), lo que está en juego es la vida verdadera, y no simplemente una espiritualidad. Y que el «mal caudillo» no se opone a Dios, sino que es «el enemigo de natura humana»: la partida que se juega consiste en llegar a vivir humanamente. Y la condición para alcanzarlo se juega en una previa: aprender a mirar, para «darme cuenta» de qué y cómo estoy viviendo, y desde dónde. Ordenar el tiempo, pues, no es establecer una agenda, sino educar la mirada.

De aquí la importancia fundamental que Ignacio otorga al *examen*, palabrita que hoy no puede provocar más que malentendidos y que remite a una práctica que yo provisionalmente denomino “la mirada atenta”. Puesto que

Ignacio sabe lo que nos jugamos, cuando actúa como prepósito general de la Compañía en determinadas circunstancias dispensa de la oración, pero nunca del examen. Hoy esto es estrictamente contracultural porque el reto es colosal: tenemos que entrenar la mirada en un mundo donde todo y todos compiten para capturarla, donde trabajar el desde-dónde-miramos queda eclipsado por el hacia-dónde-miramos. Hoy es más relevante que nunca la parábola del ciego de nacimiento, cuando Jesús le pregunta lo que parece una obviedad: «¿Qué quieres?»; (¿qué había de querer si no?). Pero es que de lo que se trata primariamente no es del resultado, sino de conectar con el deseo y activarlo: «Señor, que vea». Nuestro problema hoy no es la ceguera como tal, sino que, en el fondo, ver ya no es nuestro deseo, ni nuestra petición, ni nuestra expectativa. Ver en las tres dimensiones: qué pienso, qué siento, qué hago y, por último, ver qué mociones las disgregan o unifican.

Por tanto, vivir a la ignaciana es ordenar el tiempo no como si fuera un objetivo normativo-obsesivo con un valor en sí mismo, sino para poder ordenar nuestra mirada en el tiempo. El reto al que nos encaminamos es el de la calidad de la atención. Porque una vida humana de calidad sin una mirada atenta no es posible. Y esto va más allá de una mirada puramente instrumental para propiciar, por ejemplo, más concentración en el trabajo o para poder surfear mejor ante los avatares de la vida, como tantas veces se tratan la “espiritualidad” o la “meditación”. La mirada atenta no es la que ya sabe de entrada qué verá o qué ha de ver, sino la que se dispone y trabaja para que los

propios patrones psicológicos, sociales y culturales no sean el corsé que impide el conocimiento interno de la vida verdadera. Porque la mirada atenta es una condición de posibilidad para una vida de calidad humana, donde la compasión, la escucha o la disponibilidad tengan una presencia vertebradora.

## 4.2. Orientarse (con propósito) en el tiempo

Ahora bien, se trata de transformar la mirada, no de convertirse en espectadores. Así pues, podríamos decir que, efectivamente, se trata de vivir el presente y en el presente, pero con propósito. Hablando ignacianamente, podríamos decir que hay dos propósitos entrelazados: uno más cotidiano y otro más estructurador.

El cotidiano viene simbolizado por lo que Ignacio denomina la *oración preparatoria*: «Pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad» [EE 46]. Y esto, en los Ejercicios, hay que hacerlo antes de cada hora de oración, lo que significa cinco veces al día; que es como decir que es una oración posible en cualquier momento del día, cuando iniciamos cualquier actividad. Porque no solo se trata de caer en la cuenta de qué pienso, qué siento y qué hago, como hemos visto en el apartado anterior; se trata también de ordenarlo, ahora ya no en el sentido de organizarlo, sino en el sentido de orientarlo, de no perder el foco de lo que quiero y de lo que me mueve (¡ambos!). En el tiempo de la aceleración, la dispersión

y la supuesta multitarea, esto parece más necesario y a su vez más difícil que nunca. No se trata, por tanto, de vivir desde la fantasía de añorar un tiempo de paz y equilibrio probablemente inexistentes, sino de tener siempre activada la petición de no perder el foco –y la disposición a no desconectarse de él– como hilo conductor de la diversidad de situaciones, exigencias y demandas que vivimos. Por ello, la oración preparatoria simboliza aquello que más nos cuesta: convertir en hábito vivido lo que a menudo no pasa de ser la nostalgia por lo que nos gustaría ser capaces de hacer.

Decía que no se puede vivir a la ignaciana sin interiorizar dos propósitos entrelazados, uno cotidiano y otro estructurador. Porque se trata de no perder el sentido del propósito en nuestra fragmentación cotidiana, sin confundirlo con una fragmentación de propósitos. Y esto requiere que esta manera de vivir el presente y en el presente esté conectada con un propósito estructurador, que es el que en los Ejercicios se propone como elección y es su piedra angular. Y esto nos obliga a abrir el foco en el tiempo.

Porque en la medida en que una elección es una orientación vital estructuradora, no hay elección sin historia y sin memoria. Historia y memoria de la propia humanidad y de la humanidad colectiva. La elección es proyectarse en el tiempo, en el contexto del propio tiempo. Y hacerlo no como un simple acto de voluntarismo, sino como respuesta a una llamada que te permite vivir y entender cuál es tu lugar en el mundo y, en cierto sentido, cuál es tu misión. Hoy podemos escuchar por todas partes hablar de estra-

tegias, reacciones, respuestas, tácticas, prioridades, objetivos..., pero no de elección, en sentido estricto. Porque un mundo VUCA dificulta entender la sucesión de acontecimientos como una historia con sentido. La elección se lleva a cabo en la intersección entre la biografía y la historia. Y hoy hemos sustituido la biografía por el CV. Y vivimos –y nos presentan– el flujo de los acontecimientos sin historia y sin sentido histórico. La elección se produce en la intersección entre la memoria y el proyecto personales y sociales. Y, del mismo modo que el presente no es lo mismo que la actualidad, la elección no es lo mismo que la estrategia y los objetivos. Por eso he comentado que hay un discurso sobre vivir el presente que puede ser un autoengaño, un mecanismo de defensa y una escapatoria. La atención no remite solo al presente, momento a momento. La atención alcanza su plenitud cuando, en ese momento a momento, emergen también la memoria y la esperanza. Pero, como no puede haber ni memoria ni esperanza sin biografía ni historia (que son las dos dimensiones del tiempo que a menudo más nos faltan actualmente), confundimos la memoria con los recuerdos y la esperanza, con los proyectos. Y es solo desde esta confusión –entonces sí– cuando podemos limitarnos a afirmar que vivir el presente se reduce a no quedar atrapado o bloqueado por los recuerdos, o a no estar bloqueado por un futuro que no controlamos.

En un mundo VUCA la pregunta no es simplemente qué podemos elegir, sino, sobre todo, cómo podemos elegir (recordemos que VUCA quiere decir “volátil, incierto, complejo y am-

biguo”). Ya hemos visto que, sin continuidad en el tiempo (sin historia ni biografía), es muy difícil que pueda haber elecciones en el sentido ignaciano. Pero, paradójicamente, al mismo tiempo que parece que un mundo VUCA hace más difícil la elección, también permite hacer más explícito su fundamento. Porque, desde el punto de vista de lo que es más propio de los Ejercicios —el crecimiento en humanidad en y desde el seguimiento de Jesús—, la elección no se sitúa directamente en qué hacer, sino en desde dónde hacemos y decidimos. El conocimiento de la vida verdadera es indisoluble de la educación no solamente de la mirada sino también, en consecuencia, del deseo. Los escritos ignacianos están llenos de binomios del estilo «deseando y eligiendo», «quiero y deseo», y así sucesivamente. Es un cambio de perspectiva importante: la elección es la condensación de una transformación progresiva del deseo y no el resultado de incrementar el voluntarismo, la fuerza de la voluntad o la planificación estratégica. De ahí la importancia crucial del discernimiento, que presupone la atención sostenida en el tiempo a las mociones que emergen en la atención al qué pienso, qué siento, qué hago.

A veces se habla tanto del discernimiento como proceso orientado a la decisión, que se olvida que este proceso presupone también sensibilidad: la sensibilidad es uno de sus componentes esenciales. El discernimiento es receptividad y actividad, y el enlace entre ambos es la sensibilidad. De hecho, *sentir* es un verbo privilegiado por Ignacio, a veces por delante de verbos más cognitivos, (e)mocionales o activos. Lo aplica a cómo vivir la

pertenencia a la Iglesia; aparece en las *Constituciones* (*Const.* 1:62) «porque el modo de hablar ayude al modo de sentir», donde este último parece ser la referencia; y, por descontado, en las cartas donde tantas veces se despiden con aquello de «siempre sentir su santa voluntad y esta enteramente cumplirla», donde sentirla es la condición para cumplirla. Nos lo jugamos tanto en la sensibilidad, que el famoso «conocimiento interno» no lo será cuando haya llegado a no sé qué profundidad, sino cuando haya afectado y transformado la sensibilidad. Entre otras cosas, porque aquí no hay escapatoria: la sensibilidad no remite a la teología o a la espiritualidad, sino a la realidad, y es de allí de donde Ignacio no quiere que nos escapemos. Ésta es, pues, la manera ignaciana de vivir el presente: como indisoluble del discernimiento.

Pero, precisamente por ello, aún estamos en el *yo* o corremos el riesgo de quedarnos en él. Un *yo* que, ciertamente, se va descentrando en función de su orientación en el seguimiento de Jesús, y que se va transformado en la medida en que interioriza la invitación paulina de «tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo» (Fil 2,5). Lo podemos ver en la oración de EE 167:

«Siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo pobreza con Cristo pobre más que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos más que honores, y deseo de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, más que por sabio ni prudente en este mundo».

Aquí todavía habla en primera persona, pero los «quiero», «elijo» y «deseo» ya no se sostienen sobre sí mismos, sino que son una función del «imitar y parecer», y por ello mismo no son ni un absoluto ni una autoafirmación narcisista, sino una disponibilidad que, paradójicamente, solo llega hasta la profundidad radical del deseo en la medida en que llega hasta la superficialidad –es decir, la sensibilidad–, la afecta y la transforma. Así se va configurando una orientación en el tiempo que es a su vez cotidiana (decisiones y acciones) y estructuradora (elección).

Sin embargo, en los Ejercicios hay una distinción muy clara entre elección de vida y reforma de vida. Parece obvio que hay que distinguirlas. Pero diferenciarlas excesivamente y, aún más, separarlas me parece un error, especialmente en el contexto que he intentado describir en mi sociología recreativa. Y todo ello por dos razones. En primer lugar, porque Ignacio prácticamente asocia la elección de vida a la disyuntiva entre matrimonio y vida consagrada, y más en la medida en que los califica de inmutables. Tanto la disyuntiva como la inmutabilidad presuponen un marco de referencia social y cultural –a la vez estable y compartido– que hoy brilla por su ausencia. En cambio, hoy la elección de vida se juega en una diversidad de coordenadas mayor. Más aún: a veces sucede que la elección de vida no es la Elección de vida, sino que se va urdiendo en unas pocas elecciones de vida que aparecen en las sucesivas encrucijadas vitales en las que uno se va situando. En cualquier caso, reconozco que esta primera consideración requeriría más precisiones, en las cuales ahora no puedo extenderme.

La segunda razón, en cambio, me parece menos discutible y más relevante. Considero que la calidad y la realización de la elección de vida se juegan en los temas que Ignacio asocia a la reforma de vida (y a bastantes más de los que allí indica, justo es decirlo). Para resumirlo, la elección se juega y llega a ser verdadera en la respuesta a dos cuestiones bien definidas: a qué dedicas tu tiempo y a qué dedicas tu dinero. Es ante la elección que se explicitan las tentaciones nucleares que, según Ignacio, aparecen a la hora de tomar decisiones: codicia, vano honor del mundo y soberbia (tentaciones perfectamente reconocibles muchas veces en los personajes que antes he mencionado), unas tentaciones que no terminan con la elección, obviamente. Pero es justamente al plantear la reforma de vida cuando Ignacio escribe una de sus frases que con el tiempo se ha convertido en referencial: «Piense cada uno que tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interesse» [EE 180]. De esta frase, quiero destacar tres puntos porque establece con un acento decisivo la manera de orientarse en el tiempo.

- Salir del propio amor, querer e interés aparece como clave de interpretación de la reforma de vida –y no de la elección, como podría parecer más esperable– y como punto de enlace con la tercera semana de los Ejercicios. (En este sentido, esta frase y lo que comporta también podrían considerarse la clave de la transición de la segunda semana a la tercera).
- *Espiritual* se propone como adjetivo y no como sustantivo. Aquí

podríamos entender que califica un tipo de cosas y las diferencia de otras (las “cosas espirituales”), pero también que todas las cosas pueden calificarse de espirituales en función de si te relacionas con ellas saliendo del propio amor, querer e interés. De hecho, una de las grandes expresiones de referencia de Ignacio es encontrar a Dios en todas las cosas, no en todas las cosas espirituales. Para enlazarlo con el tema que me ocupa: así como el Eclesiastés nos dice que hay un tiempo para cada cosa y cada cosa tiene su tiempo, aquello a lo que se nos invita es a vivir cada uno de los tiempos en su especificidad cuando nos son dados, porque vivir a la ignaciana no es vivir solo un tipo de tiempo, o privilegiar algunos o identificarse solo con algunos, o desear solo los de un tipo, sino vivirlos todos —en la medida que te son dados— desde esta actitud fontal: *salir*.

- Finalmente, pues, “salir”. Salir del propio amor, querer e interés no significa suprimirlos, eliminarlos o menospreciarlos, probablemente porque pretenderlo no sería ni sano ni sanador. “Salir” significa no quedarse encapsulado en esta burbuja y pincharla, de modo que no sea desde ella desde donde definimos nuestra vida cotidiana, y que se vaya transformando desde la atención y la elección. Por ello, una vez se ha producido la elección, la reforma de vida no se reduce a un simple episodio devoto de recomendable periodicidad anual, sino que ha de convertirse en una actitud vital. Porque —reítero— creo que, especialmente hoy, la calidad de la elección se jue-

ga en aquello que Ignacio llama la *reforma de vida y estado*.

Así pues, vivir a la ignaciana comporta una manera de vivir el tiempo y una manera de situarse en él. Es ordenar el tiempo desde una mirada atenta, que no se limita a una sucesión de momentos, sino que incorpora la memoria que los religa y la esperanza que los sostiene. Por tanto, vivir a la ignaciana también es orientarse —con propósito— en el tiempo. No es solamente atención, sino también intención e inspiración, en realimentación mutua y constante. Pero, cuidado: lo que las nutre es vivir contemplativamente (en) el tiempo. Atención, intención e inspiración modelan el tiempo, pero lo hacen cuando se aprende a vivir cada vez más contemplativamente (en) el tiempo. Solo entonces, atención, intención e inspiración pueden empezar a pregonar la plenitud del tiempo y hablar de ella.

### 4.3. Vivir contemplativamente (en) el tiempo

El itinerario y el proceso que refleja la *Contemplación para alcanzar amor* es el modo ignaciano de vivir contemplativamente (en) el tiempo. Porque, en esta perspectiva ignaciana, es necesario que el *yo* activo («yo hago mi oblación», EE 98; «quiero y elijo», EE 167) se convierta en un *yo* receptivo y agradecido. Recordemos la oración que está en el centro (y en el medio) de esta contemplación:

«Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi

haber y poseer. Vos me los disteis; a Vos, Señor, los torno; todo es vuestro; dispuesto a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta» [EE 234].

Es una oración-proceso porque no se puede decir de una vez por todas, sino que vamos creciendo progresivamente en la conciencia de lo que dice. Lo expresó con mucha precisión Benedicto XVI en la 35ª Congregación General: «Una oración que siempre me parece demasiado elevada, hasta el punto que casi no me atrevo a rezarla, y que sin embargo siempre deberíamos repetir». En este «no me atrevo» encontramos también el núcleo de una cierta resistencia íntima inevitable, que se va reblandeciendo con la contemplación. No es la oración del “yo”, sino la oración del «tomad», donde el *yo* ha dejado definitivamente de tener el protagonismo. Un «tomad» que no es tan solo una ofrenda, sino también el reconocimiento de que uno por sí mismo nunca acabará de dar definitivamente el paso.

Porque el «tomad» se refiere a memoria, entendimiento y voluntad. Conciencia del pasado, comprensión del presente y proyección hacia el futuro. Pasado, presente y futuro. En esta oración, se expresa la gran rendición, el gran soltar. Dejar de querer ser señores y controladores del (propio) tiempo, de la propia vida. Es aceptar que no tenemos en nuestras manos el pasado, el presente y el futuro; más aún: no quererlo ni pretenderlo. La plenitud del tiempo solo es posible cuando ya no quieres que “tu” tiempo sea tuyo, ni vives en función de ello. Y solo cuando llegas aquí es cuando ya has entregado «todo mi haber y poseer», porque el

tiempo es nuestro verdadero «todo mi haber y poseer». Curiosamente, tienen razón tanto Ignacio como los personajes de nuestra época, aunque su respuesta y su abordaje se contrapongan: la gran cuestión es cómo identificas, nombras y canalizas este anhelo de vivir la plenitud del tiempo.

Pero, para los personajes de nuestro tiempo, la propuesta ignaciana no es solo contracultural: es anticultural. Una primera razón es obvia: la *Contemplación para alcanzar amor* se encuentra al final de los *Ejercicios*, no al principio; no es un punto de partida, sino de llegada (y de un nuevo comienzo). Pero la razón de fondo es que la formulación ignaciana en una primera lectura es escandalosa porque parece fundamental y exclusivamente una pérdida, la pérdida. De hecho, si la formulación solo fuera que alguien te quite la memoria, el entendimiento y la voluntad, Ignacio no habría hecho más que de formular con precisión y concisión en qué consiste lo que hoy llamamos *Alzheimer*. Pero la clave del *tomad* —y la aceptación reconciliada y pacificada de la rendición de pretender ser amo del propio tiempo— se encuentra al final, y no en el *tomad*: en el reconocimiento vivido de que solo bastan el amor y la gracia de Dios. Y por eso no es fundamentalmente una pérdida, aunque tenga momentos de pérdida y de duelo. De hecho, en este reconocimiento vivido de qué es lo que «basta», se produce la fusión de Ignacio y Teresa: del «solo Dios basta» (Teresa) y del «dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta». Esta fusión nos muestra que Dios es donación, donación de su amor y gracia. Y es desde aquí desde donde se vive contemplativamente (en) el tiempo.

Vivir contemplativamente (en) el tiempo es lo que va dando calidad a la memoria, a la atención, a la intención y a la inspiración. Es decir, al tiempo vivido hacia la plenitud del tiempo. Porque contemplar no es querer estar fuera del tiempo, sino convertirlo en ofrenda y recepción; renunciar a dominarlo y controlarlo. Por ello, vivir contemplativamente (en) el tiempo nutre:

- La calidad de la memoria: aceptación, reconciliación y agradecimiento.
- La calidad de la atención: ni dispersión ni autoafirmación, sino transformación de la mirada y la sensibilidad.
- La calidad de la intención: el seguimiento que consiste en reelaborar el deseo, la fidelidad en la elección y el discernimiento de las decisiones.
- La calidad de la inspiración: que cada vez más «aquél amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa descienda de arriba, del amor de Dios» [EE 184].



Este itinerario hacia la plenitud del tiempo viviendo a la ignaciana no es, por descontado, una exclusividad ignaciana. En la medida en que trata de la «vida verdadera», encontramos en él —ciertamente al estilo ignaciano— dos de las constantes que atraviesan la historia de la humanidad y que, para concluir este cuaderno, podemos ver reflejadas en Dante y en los campos de concentración y exterminio.

Las partes de la *Divina comedia* de Dante (que puede leerse de muchas maneras, también como un itinerario iniciático y, por tanto, de transformación) nos explican muchas cosas sobre cómo vivir, y sobre cómo vivir el tiempo y en el tiempo. Curiosamente, las tres terminan con la misma palabra: *estrellas*. Como si tener un horizonte de referencia fuese lo que nos da el empuje y la energía necesarios para poder salir e ir más allá de la realidad en la que vivimos encerrados: no podemos emprender un camino transformador en la tierra sin una estrella que nos guíe y nos atraiga. Y, así, el Infierno acaba diciendo: «Y salimos a contemplar de nuevo las estrellas»; porque del Infierno —de todo infierno— solo sales si alguien te ayuda y te acompaña a ver

de nuevo las estrellas. Y del Purgatorio se sale «renovado, puro y dispuesto a alzarme a las estrellas»: Ya no se trata de verlas de nuevo y reconectar con un cierto horizonte de vida, sino de hacer un paso más y disponerse a subir hacia ellas. Pero el final del Paraíso (y de la *Divina comedia*) ya no es un paso adelante en esta dinámica creciente, sino un cambio de registro.

A la alta fantasía aquí faltaron fuerzas; más ya movía mi deseo y mi *velle*, como rueda a su vez movida, el amor que mueve el Sol y las demás estrellas.

Y aquí también, de algún modo, hay una rendición que incluye el deseo y la voluntad o el anhelo, porque cul-

mina con el reconocimiento y la revelación de que es el amor el que todo lo mueve: también el sol y las estrellas.

El riesgo de acabar aquí sería caer en la trampa de un cierto lirismo confortable, creyendo que estamos hablando de una especie de baño maría emocional. Por ello, no deberíamos dejar nunca de confrontar nuestros lirismos con lo que sucedió en los campos de concentración y de exterminio. En todos y en los de cualquier tipo. Por doquier y bajo cualquier régimen. Porque los campos también son expresión de lo que es y puede llegar a ser la humanidad. Quizás hoy vamos diciendo sandeces, como las que yo mismo he proferido sobre un mundo VUCA que no somos capaces de entender ni de explicar, porque lo que todavía no hemos entendido ni explicado es el universo concentracionario, que no es una especie de desviación equivocada, sino que también está estructuralmente en el origen de este mundo y en el origen de nuestra época. No son una simple excepción desviada, y no es suficiente desactivar esta confrontación que aún tenemos pendiente con palabras como *locura*, *infierno* o... *dantesco*, que no son más que una manera de decir que no sabemos qué decir. Ya nos avisó Conrad que de un viaje al corazón de las tinieblas solo se sale repitiendo obsesivamente «el horror, el horror».

Pero ahora no es el momento de llevar a cabo esta confrontación que, por otra parte, está fuera de mi alcance. Porque lo que quiero hacer en esta conclusión para evitar la tentación de un cierto lirismo reblandecido, es recordar, con el inmenso respeto necesario, que los testimonios de los campos nos dicen que, en medio del horror, hay quien ha

encontrado también mística, contemplación, felicidad, comunión, solidaridad, amor... Por ello, quiero acabar con unas palabras de Joaquim Amat-Piniella, extraídas de su testimonio novelado de su paso por Mauthausen:

«Ambos le habían hablado a menudo de su fe en la justicia; pero, ciertamente, su coraje ante la muerte no nacía de esta fe, sino de la paz interior que habían encontrado, la misma que Emilio va encontrando ahora. Una paz que no es pasividad y renuncia, sino un estado moral activo, como un estado de gracia. Con esta conquista que ha hecho ya no pueden ser estériles los cuatro años y medio de campo, como no será estéril la guerra si, desperdigados por el mundo, hay otros muchos hombres que conquistan también esta paz interior. La gran paz del mundo solo podrá nacer el día que cada hombre sienta dentro de sí la pequeña paz de su alma».

Acabemos, pues. La plenitud del tiempo se da cuando, de una manera cada vez más unificada, se capta el amor que mueve el sol y las estrellas, y que es el amor el que mueve el sol y las estrellas; y, simultáneamente, cuando de una manera cada vez más unificada, se comprende que la gran paz del mundo solo podrá nacer el día que cada hombre sienta dentro de sí la pequeña paz de su alma. Y, poco a poco, se va convirtiendo este amor y esta paz en el motor de la propia vida.

Es desde aquí desde donde no debemos perder la esperanza de entender algún día lo que dice san Pablo al anunciar la plenitud del tiempo.



*«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.*

*Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

## **Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»**

82. D. MOLLÀ. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio: Preguntas y propuestas - 83. F. RIERA. Inmersión en la Manresa ignasiana - 84. D. GUINDULAIN. Atraídos por Dios. Cuarenta y nueve prácticas espirituales - 85. F. JALICS. La fase contemplativa de los Ejercicios ignacianos - 86. J. RIBALTA. Cartas para acompañar - 87. C. MARCET. Ignacio de Loyola acompañado, acompañante, en compañía - 88. D. MOLLÀ. Del «magis» personal al «magis» institucional - 89-90. J. M. RAMBLA - J. M. LOZANO (eds.). Discernimiento comunitario apostólico - 91. J. M. LOZANO. La plenitud del tiempo

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet en: [www.cristianismeijusticia.net/es/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/es/eides)

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicite. Si usted desea recibirlos, pídales a Cristianisme i Justícia.

### **Cristianisme i Justícia**

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona  
93 317 23 38 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)  
[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

**www.cristianismeijusticia.net/eides**